

Bitácora etnográfica de la violencia: el caso de los estudiantes de una secundaria en Huicorachi, Urique, Chihuahua

Ethnographic log of violence: the case of the students of a secondary school in Huicorachi, Urique, Chihuahua

Martín Ronquillo Arvizu

*Universidad Intercultural del Estado de México. UIEM ,
México*

 <https://ror.org/02e7h1n39>

martin.ronquillo@uiem.edu.mx

 <https://orcid.org/0000-0002-1420-3410>

Recepción: 08 Enero 2026

Aprobación: 03 Mayo 2026



Acceso abierto diamante

Resumen

Este trabajo refiere los contextos de violencia presentes en la Sierra Tarahumara, específicamente los asociados a los alumnos de la secundaria “José Alberto Llaguno A. C.”, ubicada en Huicorachi, Urique, Chihuahua. La violencia social es derivada de una desigualdad social, por ello se utilizó la metodología del caso extendido desde Van Velsen, gracias a lo cual fue posible describir y registrar, a modo de bitácora etnográfica, una serie de eventos y situaciones particulares suscitadas entre 2011 y 2012. Piccato indicó la existencia de casos de violencia expuestos a la opinión pública, algunos de ellos de corte escandaloso, lo que deja en el olvido muchos otros. Se abordaron los posicionamientos teóricos de Harris —etnografía de la violencia—, Clastres —análisis de la violencia— y Butler —marcos de violencia vinculados con la precariedad y las condiciones de vida—. Por medio de la etnografía se intentó demostrar hasta qué punto hay vidas y muertes más valiosas en comparación con otras, de ahí que se planteen distintos casos de violencia y homicidios expuestos públicamente por el Estado y los medios de comunicación.

Palabras clave: Caso extendido, Etnografía de la violencia, Precariedad, Sierra Tarahumara, Violencia social.

Abstract

This work addresses the contexts of violence present in the Sierra Tarahumara, specifically those affecting students at the “José Alberto Llaguno A.C.” secondary school, located in Huicorachi, Urique, Chihuahua. Social violence stems from social inequality; therefore, the extended case study methodology, developed by Van Velsen, was employed. This allowed for the description and recording, in the form of an ethnographic log, of a series of specific events and situations that occurred between 2011 and 2012. Piccato noted that some cases of violence are brought to public attention, some of them scandalous, which overshadows many others. The theoretical frameworks of Harris—ethnography of violence—, Clastres—analysis of violence—, and Butler—frameworks of violence linked to precarity and living conditions—were considered. Through ethnography, an attempt was made to demonstrate the extent to which some lives and deaths are worth more, hence the presentation of various cases of violence and homicides that the State and the media publicly exposed.

Keywords: Extended case, Ethnography of violence, Precarity, Sierra Tarahumara, Social violence.

Introducción

Es posible aseverar que una bitácora es una forma de registro donde se da cuenta de hechos, situaciones y observaciones, contiene fechas y otros datos a lo largo del tiempo, y funciona como un diario de campo o libreta de notas; es una herramienta de la cual hacemos uso los antropólogos, la cual ayuda al registro de viajes o estancias en las comunidades y, lo más relevante, es un punto de referencia para la reflexión del trabajo etnográfico, a fin de poder explicar y comprender los hechos y casos registrados.

Para explicar la vida social en los contextos de violencia se recurre al análisis de caso extendido —consiste en mostrar cada caso, cada situación, cada forma de la relación de otro conjunto de casos o hechos— para complementar los siguientes argumentos: la exploración parte del método sociológico y requiere hacer conexiones causales de un hecho social explicado con otro hecho social: “Estos son sin duda hechos sociales. A primera vista parecen inseparables de las formas que adoptan en los casos particulares”, (Durkheim, 2019, pp. 69), es decir, cada caso de violencia es la unidad o el episodio de un proceso de violencia más amplio fundado en la desigualdad, la precariedad compartida.

Para plantear la centralidad de la violencia, entendida como un hecho social con distintas y múltiples explicaciones causales, más allá de las prácticas individuales aisladas, se deben distinguir sus determinantes sociales, más que definirla, es decir, explicarla a partir de la desigualdad y de los contextos donde las actividades de la ilegalidad trastocaron las distintas relaciones cotidianas forjadas entre los sujetos.

Antropológicamente los homicidios no pueden ser explicados a partir de una relación particular, sí desde una perspectiva causal generalizada en las comunidades locales. Al respecto, Pablo Piccato señala:

La evidencia de la última década sugiere que la violencia se ha instalado de manera tal en la vida social que sería imposible erradicarla rápidamente, y que los intentos de combatirla con medios exclusivamente militares sólo lograrían empeorar las cosas. (Piccato, 2022, p. 260)

Luego de haber recibido mi título como licenciado en Antropología Social por parte de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (enah), en el 2011, consideré oportuno trabajar como profesor en la secundaria “José Alberto Llaguno A. C.”, mismo nombre del de una fundación tarahumara de la cual recibía financiamiento; dicho plantel escolar fue promovido y dirigido por gente rarámuri, donde participé en distintas actividades e impartí asignaturas en los tres niveles durante el ciclo escolar 2011-2012.

Sobre la base referida, es factible proponer el método de caso extendido o ampliado como metodología para la presente investigación, pues permite describir y dejar registro, a modo de bitácora etnográfica, de una serie de eventos y situaciones particulares, para después realizar un análisis de la normalización de la violencia en el contexto referido. Por ende, un caso, o una suma de situaciones, permiten analizar un contexto de violencia más amplio, sin dejar de contemplar otros hechos en apariencia aislados, pero que son una suma de situaciones o eventos. Van Velsen (2007) plantea el caso extendido, pues resalta las regularidades del proceso social; en mi trabajo, la descripción etnográfica de casos enmarcados en un proceso de violencia más amplio, pues trastocaron las vidas de los alumnos de la secundaria y sus destinos trágicos.

A título personal, la violencia no tiene un solo factor para su explicación, sin embargo, sus distintos motivos afectan la vida cotidiana y tienen su génesis en hechos sociales como la pobreza, la seguridad alimentaria y la carencia de empleos o fuentes de trabajo, entre otros, de ahí que Harris (2015) sugiera la etnografía de la violencia como una herramienta trascendente para evitar generalizaciones, pues el tener datos precisos de las comunidades afectadas y resaltar la experiencia de los antropólogos en el trabajo de campo, donde los contextos determinan la elección de los temas de análisis; y no se debe limitar a la investigación de las manifestaciones culturales.

La teoría antropológica tiene un antecedente temático desde distintos enfoques, el de Malinowski y el de Clastres (1987), ambos plantearon ideas útiles para un análisis actual de la violencia en pueblos y comunidades

indígenas de México. Clastres propuso a la guerra como el verdadero motor de la vida social, pues la violencia no figura en el horizonte natural de las interrelaciones sociales y no pertenece al funcionamiento habitual de los pueblos indígenas, de ahí que cuando se presenta, se despliega en varias dimensiones: por una parte, evidencia la ausencia del Estado, por otra, la devastación, así como las muertes violentas, lo que transforma y modifica los comportamientos, y orienta la conducta a la sobrevivencia. Dicho planteamiento permite plantear la siguiente pregunta: ¿cuáles son los detonadores de la violencia social?

En el marco de las comunidades indígenas de la Sierra Tarahumara, las cuales han vivido históricamente en el abandono, la hambruna y la precariedad, la escasez y la miseria son dos factores que permiten articular una explicación causal de la violencia. Butler (2010) planteó un argumento para explicar y analizar los marcos de la violencia a partir de dar cuenta de la precariedad y las condiciones de vida, es decir, la violencia es una de las réplicas a las condiciones precarias. Por ende, en la Sierra Tarahumara, los altos índices de marginalidad en términos de acceso a la alimentación y a la educación son indicadores que abrieron las puertas a las actividades de la ilegalidad.

Las distintas relaciones cotidianas forjadas por los sujetos en la industria de la ilegalidad están emparentadas con organizaciones, líderes y sujetos de instituciones del Estado, donde se da un proceso más amplio del crecimiento de la violencia producto de ellas, y forma parte de una escala observable en un nivel global hasta local. Piccato (2022) da cuenta de los casos de violencia sometidos a la opinión pública, los cuales son los más escandalosos, por lo que muchas víctimas civiles resultan opacadas por los hechos magnificados por el propio Estado y los medios de comunicación.

La diversificación de las actividades ilegales, así como la violencia instaurada en las distintas relaciones a nivel local y regional, han trastocado la esfera de la violencia en algunas regiones de la Sierra Tarahumara, donde se contraponen las etnografías contemporáneas sobre el rarámuri, amplias y variadas; los temas abordados son de distinta índole, en su mayoría de corte cultural, sin embargo, en dicho espacio no solamente viven tarahumaras, pues el territorio ha sido históricamente compartido con gente mestiza y otros grupos étnicos (*óodame/tepehuanos del norte, warijó/guarijíos*), por ello los antropólogos se encuentran ante un reto: contextualizarse y actualizar la información de carácter cualitativo sobre los efectos de la violencia de las dos últimas décadas, y mostrar evidencias etnográficas, casos específicos y particulares.

La teoría de la violencia

Malinowski (1941) planteó un punto central para analizar las actitudes hostiles, los actos de violencia y la agresión en el marco de una comunidad, pues son actos contrapuestos a la cooperación, la ayuda, la reciprocidad, el cuidado de la vida y distintos valores, por ello son calificados como conductas antisociales, pues consideró que la violencia debe ser observada etnográficamente en el marco y el contexto socio-cultural, donde el Estado debe ser el guardián de los grupos y no su exterminador. Así lo señaló:

La lucha como producto de la cólera y en el terreno privado dentro de un grupo, pertenece al tipo de violación de las costumbres y de la ley, siendo el prototipo de la conducta criminal. Y es sancionada y refrenada por medio de las leyes ordinarias dentro de una institución o entre varias instituciones. (Malinowski, 1941, p. 140)

Por otro lado, las técnicas modernas de la violencia transforman profundamente las actividades y las instituciones de un grupo, la escuela, la familia, la religión, el trabajo y, sobre todo, el espíritu de unidad.

Antropológicamente, Malinowski plantea la diferencia entre violencia y guerra, referida al enfrentamiento entre dos grupos culturalmente diferenciados, de ahí la relevancia de resaltar el contexto cultural donde se presenta la violencia interna y la violencia con causas externas, la importancia de tener evidencias etnográficas con las características particulares de cada uno de los dos aspectos.

Clastres (1987) distinguió la oposición entre abundancia y escasez de recursos. Las relaciones comerciales de un producto-actividad, como el narcocultivo en la Sierra Tarahumara, desataron distintas transformaciones,

por ello algunos periodos violentos se posicionaron como el verdadero motor de la vida social, pues la vida económica se transformó en la zona, lo cual lleva a preguntarse por las verdaderas razones de la violencia.

Si se postula como una explicación a las distintas actividades económicas de la ilegalidad, es posible pensar que la violencia no es de unos contra otros, ni es un asunto de guerra entre grupos y sociedad, Clastres observa la relevancia de entender el territorio donde se expresa la violencia en las distintas multiplicidades de vínculos, relaciones y alianzas en el marco de la sobrevivencia y la lucha por los recursos económicos:

Los términos ligados por alianza o la guerra pueden permutarse, y el grupo B, aliado al grupo A contra el grupo C, puede perfectamente, a causa de acontecimientos fortuitos, volverse contra A dejando de lado a C. La experiencia de campo ofrece sin cesar el espectáculo de tales cambios, cuyos responsables siempre pueden dar razones. (Clastres, 1987, p. 206)

Se puede concluir que la intensidad de la violencia presentada en forma de escándalo no permite visibilizar la violencia como un aspecto coyuntural, o bien temporal, pues la división entre grupos, las distintas alianzas, sujetas a acontecimientos fortuitos, permiten observar una dimensión estructural de la violencia.

A su vez, Butler plantea que los contextos de violencia parecen centrarse en el valor de una vida resaltando lo individual y no lo colectivo, sin embargo, la desigualdad social se manifiesta una responsabilidad colectiva de visibilizar cualquier acto de violencia, pero en términos asimétricos los contextos se debe preguntar “qué vidas se consideran valiosas y merecedoras de ser lloradas, y qué vidas no” (Butler, 2010 p.64). La prensa y los medios de comunicación contribuyen a una opinión pública, escandalizan y hacen uso político de los casos de violencia reforzando la desigualdad en los contextos de guerra o violencia.

Agrega Butler:

Pero si la guerra —o más bien las guerras— en curso se basa en y perpetúa una manera de diferenciar las vidas entre, por un lado, las que son merecedoras de defenderse, valorarse y ser lloradas cuando se pierden y, por otro, las que no son del todo vidas, no del todo valiosas, reconocibles o dignas de duelo, entonces la muerte de estas vidas causará seguramente una enorme indignación entre quienes entienden que sus vidas no son consideradas vidas en sentido pleno y significativo (Butler, 2010, p.70)

Si bien la violencia de una guerra es distinta a la violencia presentada a nivel regional o local producto de otras causas, en la actualidad, desde la antropología, se tiene, si no la obligación, sí la responsabilidad de ofrecer una suerte de explicación, o interpretación, de la violencia social revelada a pequeña escala en el nivel local, principalmente por el involucramiento de una enorme cantidad de jóvenes adolescentes, quienes son víctimas de ella.

A nivel de territorios, regiones o localidades, en México, la declaración de una guerra contra el crimen organizado en el 2006 generó consecuencias diversas y con distintos niveles de afectaciones, pero lo primordial es indagar quiénes fueron las víctimas de esa guerra, así como la presencia a nivel local de la violencia. Ello motivó las siguientes preguntas: ¿qué tipo de violencia se presenta en la Sierra Tarahumara?, y ¿quién ejerce violencia sobre quién?

La violencia y la incertidumbre en la vida social a escala local de algún modo afecta a los jóvenes, quienes se convierten tanto en perpetradores como en víctimas; las formas locales y regionales se enfrentan a una forma de violencia extrema y espectacular. Como lo refiere Appadurai (2015), las formas especiales o particulares de los territorios son propicias para las condiciones en que se expresa la violencia: la violencia interna étnica se asocia con causas contextuales como la pobreza y la desigualdad en el marco de un Estado donde se declaró una guerra sin medir las consecuencias ni los daños sociales.

Si se retoma la suposición de que en un contexto local hay una tendencia al uso de la violencia, donde muchos jóvenes se convierten en perpetradores o en víctimas de violencia a nivel local, ello redunda en:

[...] es mucho más difícil comprender por qué en las dos últimas décadas se ha visto un enorme aumento en la violencia social que supera los límites de lo imaginable, parece estar impulsada por una furia que excede todo calculo o gestión política y que usa estrategias de violación que cuestionan la humanidad tanto del perpetrador como de la víctima. (Appadurai, 2015, p. 133)

Hasta aquí podríamos decir que existe también un uso cínico, político y espectacular de la violencia a pequeña escala, el cual no reconoce las desigualdades económicas, las carencias de servicios básicos, el tráfico ilegal de drogas, de armas, es decir, violencia local con múltiples interpretaciones, pero en el marco de un Estado.

El uso teórico incluye algunas generalizaciones, sin embargo, empíricamente es contrastable en las distintas explicaciones de los hechos sociales; pues el contexto de violencia en la Sierra Tarahumara se encontró en el marco de la declaración de guerra al narcotráfico en el comienzo del sexenio de Felipe Calderón (2006-2012); el argumento etnográfico es el registro donde se contrasta el escándalo con las vidas merecedoras de ser lloradas públicamente, frente a otros casos, los cuales no lograron trascender y pasaron al olvido, debido a su pertenencia a sectores marginales y precarios.

La violencia en la Sierra Tarahumara

Uno de los elementos para entender la violencia social en la región es la composición de los pueblos y las distintas relaciones formadas por los rarámuri con los mestizos, donde actividades como la extracción maderera, la minería y el narcocultivo son ejemplo, en términos económicos, de algunos procesos suscitados en la zona.

En referencia a la composición étnica de la Tarahumara, Gotés Martínez expuso:

El proyecto de aculturación promovido por los jesuitas y en la creciente presencia de nuevos pobladores de origen hispano y criollo, que en la mezcla con los habitantes nativos produjo la formación de un nuevo sector social, los mestizos (chabóchi o yóli), quienes junto con la población nativa de origen conformaron el mosaico étnico de la Tarahumara, que prevalece hasta el siglo xxi y del que los pueblos de origen representan en total una tercera parte en relación con los blancos, que alcanzan más del 60% de los pobladores serranos. (Gotés, 2012, p. 339)

El planteamiento de Gotés Martínez (1991) constituye un aporte fundamental, pues subraya como la vida rarámuri se ha reformulado a partir de la incorporación de la etnia a una nueva realidad social, así como a los distintos procesos de modernización y fenómenos de violencia.

No obstante, las rancherías y las casas habitación son los espacios donde la persona transcurre la mayor parte de su vida. Sin embargo, coexisten en una sociedad plural, donde la socialización y la interacción en los puntos o enclaves urbanos, cabeceras municipales o centros de atracción turística, permiten compartir las dinámicas económicas, los fenómenos de desigualdades y la violencia.

La presencia mestiza se ha traducido además en manifestaciones de caciquismo violento, en los que incluso se llega a aporrear a los tarahumaras. De hecho, aún quedan resabios de dicha violencia, al menos en el trato verbal o en la práctica de violar a jóvenes mujeres nativas, pues se sabe que no habrá consecuencias. (Gotés, 2012, p. 345)

Gotés considera relevante evidenciar cómo la violencia se expresa en todos los ámbitos donde la sociedad blanca dominante instaure la manera de interacción entre los rarámuris y la forma de comunicarse con la presencia mestiza-blanca. Por ello, los ámbitos de relaciones interétnicas se han complejizado en el control de los aserraderos, la venta de alcohol, el narcocultivo y las instituciones políticas, espacios donde se marcan las relaciones comerciales en los distintos espacios públicos urbanos.

Por ende, un elemento para entender la violencia en la sierra son distancia entre los poblados blancos o mestizos no solo es donde se dan las relaciones comerciales, pues también son polos de desarrollo de la violencia, los cuales afectan el modo de vida y de asentamiento residencial de los tarahumaras.

El plantear la pregunta quién ejerce violencia sobre quién desafía los distintos argumentos de la sociología política, la cual otorga el monopolio exclusivo de la violencia al Estado, pues, al interior de un pueblo o de una comunidad, todo acto violento deja ver las miserias y abominaciones del ser humano. Según Echeverría (2006), el fenómeno de la violencia se convierte en un rasgo negativo de la vida moderna con múltiples expresiones; en los pueblos y comunidades indígenas, la violencia sería producto de la miseria, la escasez y la supervivencia.

La violencia dialéctica de las comunidades arcaicas es hija de una situación en la que priva una “escasez absoluta” de oportunidades de vida. Es decir, aparece en unas condiciones de vida en las que lo otro, lo extrahumano o el mundo natural, se presenta implacablemente inhóspito frente a las exigencias específicas del mundo humano, y se muestra abiertamente hostil a su reproducción (Echeverría, 2006, p. 63)

El análisis de fenómenos sociales como la violencia y su complejidad, en términos de Echeverría, pondera la réplica a la hostilidad del mundo moderno hacia las comunidades indígenas. La presencia de la violencia física actúa como una táctica negativa de supervivencia, pues el fenómeno de la escasez expresa lo destructivo y la animalidad de quitarle la vida a otro ser humano.

El planteamiento de Harris (2015), sobre la pertinencia de la etnografía en la Sierra de Chihuahua, debería replantearse y tomar en cuenta su sugerencia de ir más allá de contemplar a los grupos, pueblos y comunidades solo a través de sus expresiones culturales. Es necesario reconocer la existencia de otras dimensiones de las instituciones a través de las que se articulan sus relaciones sociales, actúan en su vida social, como la violencia, el conflicto interétnico, la escasez de condiciones materiales de vida y la intervención del mundo moderno, los cuales han afectado sus particularidades históricas.

Para Harris, uno de los rasgos distintivos de las comunidades indígenas de México y, por ende, de las indagaciones en torno a ellas, es su localización en contextos y dinámicas extremas de violencia, muestra de ello algunas regiones de la Sierra Tarahumara donde se presentaron distintas situaciones de violencia sin precedentes, producto del narcocultivo y el crimen organizado:

En México, los acontecimientos de inseguridad y violencia se recrudecieron en los años recientes, a partir de políticas públicas enfocadas a la erradicación del tráfico de estupefacientes y, en general, por la inestabilidad social provocada por el crimen organizado y su penetración en múltiples planos de la vida nacional. (Harris, 2015, p. 35)

Rodríguez (2023) señala dos aspectos trascendentes: la violencia en la Sierra Tarahumara ha sido permanente y es de carácter histórico, además, la violencia no es un problema de investigación sino un punto de partida para ubicar diversos problemas a analizar. Para él, la violencia en la Sierra Tarahumara fue parte del momento histórico del proceso de evangelización y de colonización, así como de la minería y la explotación de los bosques, sin embargo, las explicaciones causales de la violencia se han modificado en el proceso referido.

Otro aspecto relevante es hacer referencia a los fenómenos de carácter económico detonadores de violencia, sin embargo, las actividades económicas en la región son un referente fundamental para poder explicar la violencia en la Sierra Tarahumara, por ello la aparición y desaparición de la actividad económica del narcocultivo sea un indicador relevante:

A pesar del avance de los derechos humanos, en la segunda década del siglo xxi, la violencia estructural en la región ha afectado ya a todos los pobladores (indígenas, mestizos y blancos) de la sierra casi por igual. Una de sus formas es el narcotráfico, y todas sus implicaciones, anclado ahora también, de una u otra manera, en las estructuras sociales e históricas, aquí destacadas, con funestas consecuencias. (Rodríguez, 2023, p. 113)

No obstante se reconoce la necesidad de trabajar el tema de la violencia, la producción de etnografías en la región tarahumara es escasa al respecto de estos temas, sin omitir que los modos de existencia, sus instituciones, sus prácticas y el fluir de la vida en la sierra ha sido trastocado, pues las relaciones sociales y los vínculos establecidos por las comunidades rarámuri no se encuentran separados o distantes con otros sectores

coexistentes en la sierra, como los mestizos y las instituciones del Estado, en donde la economía forma parte del entramado social.

El desplazamiento de la población en la región, provocado por las decisiones del gobierno federal iniciado en 2006, ha sido plenamente documentado por los estudiosos de las ciencias sociales:

Después de la declaración de guerra al narcotráfico en 2006 por parte del expresidente Felipe Calderón, la intensificación de la violencia provocó el desplazamiento masivo de la población rarámuri y no rarámuri de la Sierra Tarahumara. Aún no se cuenta con información detallada sobre la relación de la violencia estatal, paraestatal y la migración rarámuri. En este sentido, es urgente atender el estudio de los procesos de cambio de socialidad rarámuri en contextos de migración provocados por la violencia y con el fin de actualizar la información recabada durante 2008 en Norogachi. (Martínez, 2020, p. 100)

Como indica la cita, si bien no se cuenta con información precisa dadas las dimensiones de la sierra y el integrarse por dos regiones, alta y baja, el tener casos etnográficos concretos de violencia relacionados con desplazamientos, formas económicas, migraciones y homicidios podría representar un avance para tener ubicados municipios y afectaciones precisas de la violencia, así como los distintos sectores involucrados.

Dichos antecedentes permiten plantear la pertinencia de la etnografía de la violencia, pues más allá de contabilizar las cifras exactas de homicidios, personas desaparecidas o desplazamientos, la etnografía de la violencia es una manera de explicar y comprender el fenómeno en sus distintas dimensiones. Si bien la violencia se normaliza y se combina con la de carácter estructural, de la misma forma se produce una deducción o análisis de la desigualdad: “*Violencia cotidiana: Prácticas y expresiones diarias de violencia en el nivel micro-interaccional: ya sea interpersonal, doméstica o delincuencia*” (Bourgois, 2005, p. 14). El análisis permite dar cuenta de los casos o acontecimientos y explicar los acontecimientos etnográficos, los cuales reflejan el fluir del proceso histórico.

En México, el auge de las economías ilegales en la última década del siglo xx y la primera década del xxi se percibió a través de la producción de drogas, situación combinada con el arribo de armas. Ello provocó un aumento paulatino en problemáticas de violencia y homicidio en el ámbito local de diversas regiones. Aldana y Ramírez señalan el surgimiento de una

[...] crisis de convivencia, que se refleja en las dificultades que tienen los ciudadanos para resolver conflictos de su vida cotidiana o la tendencia a hacerlo de manera violenta; 3) el narcotráfico, que como fenómeno sociocultural se extiende en la región y afecta la seguridad [...] (Aldana y Ramírez, 2012, p.89)

Explicar la situación particular de cada localidad, por medio del análisis de sus características específicas y la baja densidad de sus cifras poblacionales, así como el número de homicidios registrados es un indicador de como las situaciones de convivencia entre los grupos organizados y la población atraviesan una crisis institucional. Por ello, “En cualquier caso, el homicidio es el principal indicador utilizado globalmente para determinar los niveles de criminalidad y violencia dentro de un país” (Aldana y Ramírez, 2012, p. 90).

En la Sierra Tarahumara no se cuenta con cifras certeras de homicidios del 2006 a la fecha, sin embargo, sí existe un registro de corte etnográfico no estadístico, pues cada caso particular no justifica el uso de la violencia ni sus causas inmediatas sino que muestra el contexto: “los homicidios no se explican solamente por condiciones sociales como pobreza y desempleo [...] El homicidio se debe entender como el resultado de un comportamiento persistente dentro de un contexto cultural de validación del irrespeto a las personas” (Aldana y Ramírez, 2012, p. 97).

La disposición al uso de la violencia y la convivencia en los contextos locales para el caso del territorio de la Sierra Tarahumara, así como el narcocultivo como negocio ilegal, significaron costos sociales elevados en los homicidios, reflejados en ajustes de cuentas, venganzas, en el uso de la violencia irracional y atentar contra la vida de otros, lo cual no puede ser explicado numéricamente, por el contrario, demanda una explicación sociocultural.

Bitácora etnográfica

A lo largo de mi formación antropológica, he realizado trabajo de campo y he tenido varias experiencias en comunidades indígenas; la primera de ellas fue en la Sierra Tarahumara, donde mi quehacer etnográfico fue marcado, pues ello implicó poner en marcha el observar y registrar las prácticas de reciprocidad entre los rarámuri ('pies ligeros'). Una de sus instituciones fundamentales es la reciprocidad, a la cual llaman *kórima*. Desde el 2005 al 2011 realicé trabajo de campo en el estado de Chihuahua, estancias de dos meses por año; no obstante, al incorporarme como docente en la secundaria referida en el ciclo escolar 2011-2012 pude entablar distintas relaciones con los estudiantes, maestros y gente de la comunidad, por ello pude presenciar y registrar distintos casos o situaciones de violencia.



Foto 1

Foto 1 tomada por el profesor Luis Federico Ayala
Luis Federico Ayala

La reflexión y el registro de algunas experiencias y destinos de los jóvenes estudiantes de la secundaria ubicada en la localidad Huicorachi, parte de hacer uso de un caso y su articulación con una serie de eventos particulares ocurridos en un contexto de violencia, donde el caso más sonado fue el asesinato del sacerdote Javier Campos (el padre Gallo) en el templo católico de Cerocahui.

La intención del actual registro etnográfico sobre el contexto de educación indígena en la Baja Tarahumara incluye la exposición de la educación impartida por los religiosos, sustentada por fundaciones, patronatos, asociaciones civiles, así como la educación impartida por el Estado. Dentro de los contextos de violencia

producto del narcocultivo, para muchas familias dicha actividad significó tener una opción laboral y de sustento, y para muchos otros sectores de la población involucrarse en actividades de la ilegalidad y su lucha por el control del territorio significó el identificar distintas motivaciones.

El contexto de violencia referido repercutió de distinta manera en los diferentes sectores que habitan y componen la sociedad plural en la sierra, es decir, el mundo indígena rarámuri, el mestizo, así como el religioso, al igual impactó en las distintas actividades económicas, administrativo-políticas y educativas, las cuales, en un proceso histórico, marcaron distintos momentos del fluir de la vida social.

Tal fue el caso del asesinato del sacerdote Javier Campos, ocurrido a mediados del 2022, del cual me enteré por distintos medios de comunicación; la sonada noticia me hizo recordar el ciclo escolar 2011-2012, cuando trabajé como maestro en la secundaria indígena de la comunidad de Huicorachi, ubicada relativamente cerca del centro semiurbano de Cerocahui, donde se encuentra la parroquia y donde le quitaron la vida al padre.

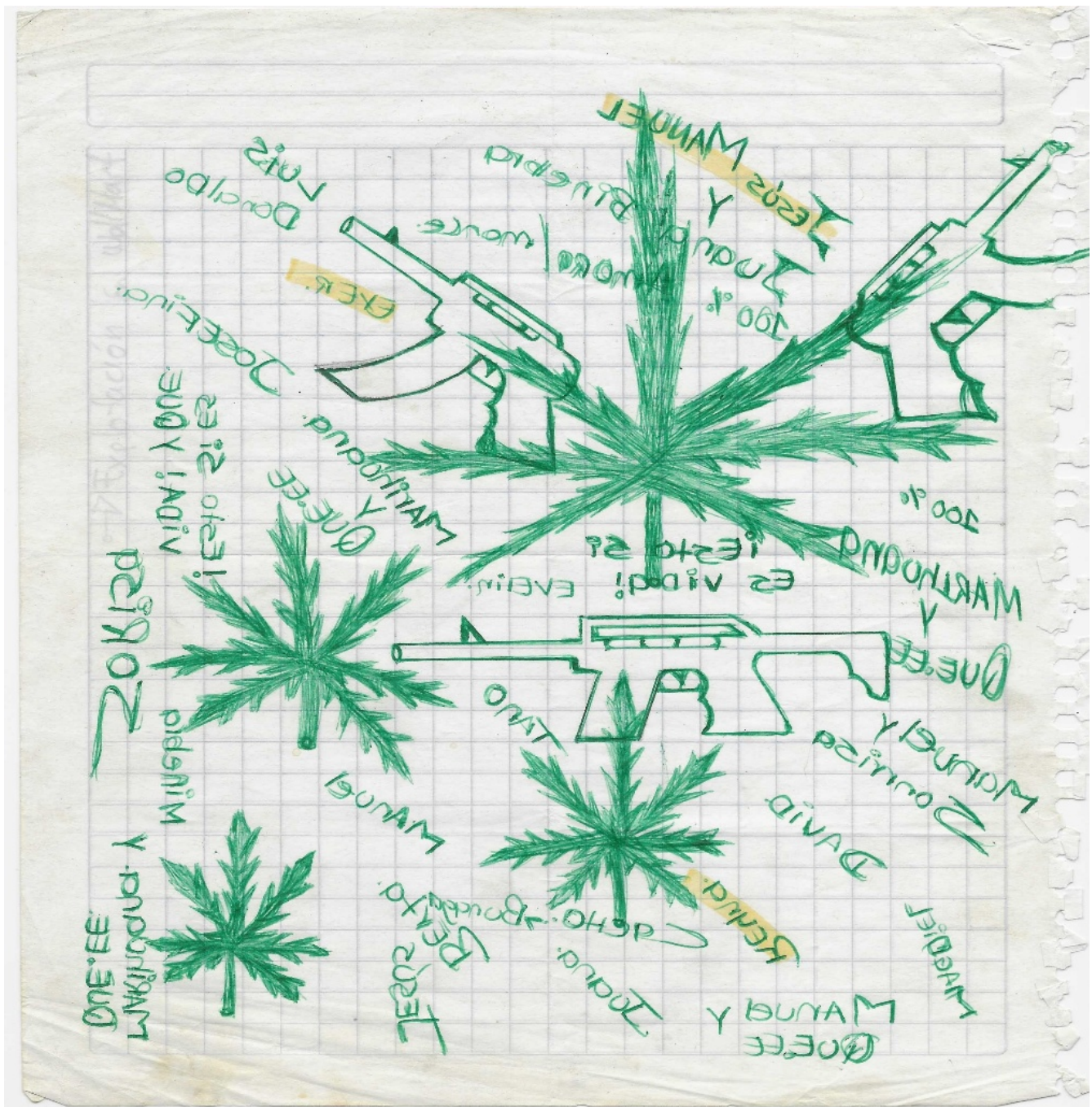
Entre mis recuerdos respecto del padre Gallo: lo vi llegar varias veces a la comunidad de Huicorachi a oficiar misa y también, a principios de diciembre del 2011, participé en una misa dirigida por él, pues dos de mis estudiantes de secundaria, Juanita y Severiano, minutos antes de iniciar la ceremonia, me pidieron los acompañara como padrino de primera comunión; durante el servicio, escuché parte del sermón, donde el padre exhortaba a los rarámuri en la iglesia: “No se cochineen la cabeza fumando marihuana, ni consuman panalito, hagan tesgüino, hagan sowike, eso es lo de ustedes, no se cochineen la cabeza fumando esas cosas que hacen que se peleen” (Notas de campo, diciembre de 2011). El párroco hacía referencia a evitar la violencia, fue un promotor de la paz. Otro recuerdo fue verlo salir de la fundación en Creel, después subió a su camioneta unas cajas de galletas y provisiones.

Posteriormente, de nuevo en Huicorachi, presencié otra intervención del padre. Un grupo rarámuri se encontraba en la cancha de básquetbol de la primaria, en una reunión con religiosos evangélicos, quienes llevaron cajas de despensa; casi simultáneamente el padre Javier estaba oficiando una misa y un convivio al interior de la iglesia de la comunidad. Observé la sonrisa del padre al ver a varios tarahumaras llegar, incorporarse al convivio y celebrar con todo y la despensa, la cual, momentos antes, les habían dado repartido los promotores de otra denominación.

Escuchar constantemente el escándalo de la noticia del asesinato del padre Javier Campos Morales me hizo reflexionar tristemente sobre distintos eventos de violencia ocurridos durante mis estancias en la Sierra Tarahumara, particularmente asociados a los destinos de los estudiantes, pues, después del 2012, cuando egresaron del tercer año de secundaria, para algunos parecían muertes anunciadas, sujetas a ser ultimadas por error o víctimas del contexto.

El modelo de la secundaria era similar al de las escuelas albergue existentes en la zona, pues los alumnos venían de distintas localidades, incluso de la ciudad de Chihuahua. Las dinámicas de traslado a sus casas siempre implicaron un riesgo, como el caso de una chica, quien sufrió un intento de abuso sexual en su camino a Guapalayna. También registré la muerte de Rene, Martín y Vicente, todos eran amigos de la comunidad El Naranjo, quienes convivían con nosotros en Huicorachi; luego supe del asesinato de Félix (el Coruco) de la localidad Guadalupe Coronado.

Otro registro fue cuando me enteré de la muerte de Ever, un alumno de tercer año de secundaria, el cual fue asesinado en el municipio de Baborigame, donde, tras egresar de la secundaria y de la preparatoria, trabajaba como chofer de una mina. Posteriormente, me enteré de la muerte de Jesús Manuel —alias el Chapo—, de segundo año de secundaria, a quien mataron en Guapalayna en un violento altercado.



Dibujo1

Dibujo1: Jesús Manuel Castañeda
Jesús Manuel Castañeda

Jesús Manuel, una de las víctimas de violencia, me regaló al final de una clase el dibujo que aparece en la imagen. En él se refleja el entorno a través de dos elementos gráficos representativos: la marihuana (el narcocultivo) y el uso de las armas (violencia); “esto si es vida”, frase inscrita en el dibujo, puede ser interpretada como una forma particular de experiencia social en la sierra, donde el conocimiento, uso de códigos y símbolos propios del lenguaje delincuencial puede ser parte de un proceso de transición y paso de la edad infantil a la adulta, además de indicadores del contexto de los alumnos de secundaria, sin importar su edad: símbolos de poder, de estatus, de una vida lujosa en el marco de la marginalidad.

Dar explicaciones causales de la violencia se complementa con la descripción etnográfica de la misma, ello implica entablar relaciones con los sujetos o actores implicados, que apelan a una parte emocional como en el caso de Jesús Manuel, cuya muerte fue el motivo para escribir el presente artículo, pues lo conocí en Guapalayna junto su papá Ambrosio, su mamá Candelaria y su otro hermano Martín Sixto, quienes años después fueron mis alumnos en la secundaria de Huicorachi. Escribir sobre la violencia con gente con la cual el antropólogo entabla relación de amistad es apelar a la parte emocional, la productora de sentimientos, sensaciones de nostalgia y dolor, por el vínculo de una relación intersubjetiva más cercana, llámense informantes o interlocutores, es una relación de convivencia generada en el trabajo de campo.

De igual manera, la satisfacción de las demandas de la secundaria, desde la realización de actividades escolares o el traslado de alumnos o comida, exigía circular por la Sierra Tarahumara en camioneta a través de distintos puntos, lo cual siempre representó un riesgo, pues el tránsito constante entre la sierra y el paso por Bahuichivo-Cerocahui representaba algunas molestias para los grupos controladores de la zona, quienes constantemente buscaban demostrar su autoridad, preguntando y cerciorándose de ser actividades vinculadas a la escuela.

Si bien, actualmente, la mayoría de los alumnos se encuentran residiendo en distintos ranchos de la sierra, donde muchos han hecho sus vidas y sus familias, algunos otros han migrado a la ciudad de Chihuahua, pero todos los escenarios se encuentran dentro de un contexto violento, el cual no solo ha trastocado la religión y las escuelas. Se ha formado un contexto de violencia que ha envuelto a estudiantes, amigos, gente cercana, conocidos, familias y buena parte de la sociedad.

El acontecimiento del padre Javier Campos fue denunciado, escandalizado y usado políticamente por la comunidad católica, y por otros sectores de la población; la mayoría de los medios de comunicación masiva culparon al gobierno del entonces presidente López Obrador. Sin embargo, la comunidad religiosa no había levantado la voz con tanta vehemencia en los muchos otros casos y en las distintas situaciones dramáticas, generando así la normalización de la violencia y sus cualidades trágicas cotidianas.

Para Zaffaroni, las muertes anunciadas son recibidas públicamente sin mayor alarma, es decir, normalizadas, sin embargo, para cada parte de la sociedad plural de la Sierra Tarahumara, la normalización de la violencia indica acostumbrarse a ella, lo cual genera una distinta manera de afectación para cada sector. El autor explica:

La normalización de la violencia puede obedecer a acostumbramiento por su presencia, a un sensacionalismo momentáneo que acaba en explicaciones coyunturales o anecdóticas, pero son las muertes que más llaman nuestra atención, entre otras cosas por la implicancia que el fenómeno tiene en cuanto a internalización de un derecho humano tan elemental como la vida. (Zaffaroni, 1993, p. 10)

Al respecto, expresiones masivas o públicas como “está bien que lo mataron”, “andaba metido en cosas ilícitas”, implican que cualquier acto de violencia se deba a un ajuste de cuentas o venganzas entre grupos, escenarios normalizados suscitados en la escuelas y en la población en general; además, las desapariciones y asesinatos son en ocasiones presentadas como accidentes, pues las personas eran localizadas en el fondo de un barranco, como el caso del presidente municipal de Urique, Leobardo Díaz Estrada, en 2013, entre muchos otros, contribuyeron a la normalización de la violencia, pues el miedo y el temor fueron una constante para silenciar las injusticias.

Conclusiones

Como se mencionó al principio, la intención del presente registro etnográfico es dejar en claro que, si bien la violencia social en forma de homicidios tiene un carácter estructural, existen particularidades regionales detonadoras de la violencia, como lo fue el narcocultivo para la Sierra Tarahumara, el cual marcó las relaciones sociales e impuso estructuras temporales y espaciales en la vida cotidiana.

De acuerdo con lo expuesto, la violencia no significa ni tiene el mismo impacto para todos, pues se pudo mostrar cómo ha influido de forma intensa en las labores educativas y religiosas, con el impacto directo de muertes, asesinatos y levantamientos en varias partes del país, y la Sierra Tarahumara no fue la excepción. Fue recuperado el planteamiento de Butler sobre las vidas merecedoras de ser lloradas y las muertes olvidadas, apelando a la indignación provocada por la injusticia, por ello, la presente bitácora etnográfica se convierte en un registro de fragmento testimonial de jóvenes alumnos de la secundaria de Huicorachi, quienes fueron víctimas de la violencia.

Al exponer cómo se desarrolla la vida social en los contextos de violencia, mediante el análisis de caso extendido, se tomó como referente el caso del padre Campos, usado para escandalizar políticamente, muestra de las desigualdades, pues las muertes anunciadas son las normalizadas, y así concluir que un caso no es más o menos importante en comparación con otros, respecto a las víctimas de la violencia, pues el Estado ha sido incapaz de detener el sufrimiento social y, por otra parte, tiende a silenciar las injusticias y aminorar las desigualdades a través del uso político y el escándalo mediático.

De igual manera, el proyecto de educación implementado en la comunidad indígena rarámuri en Huicorachi se vio afectado por las consecuencias de la lógica económica del narcocultivo, el cual rebasó los límites de las garantías del Estado. Por ello, considero que el proyecto de educación comunitaria de la secundaria “José Alberto Llaguno A.C.” sirvió como un horizonte para darle dignidad a la población, donde el miedo no fue un obstáculo paralizante para la labor educativa.

Finalmente, la reflexión teórica antropológica sobre la violencia, junto con el trabajo de campo, permitió exhibir la complejidad de las relaciones, cuando se tiene una relación directa con las víctimas; la etnografía nos permite explicar los procesos de violencia. El actual fue un registro de unos pocos casos de tantos acontecidos en la sierra; lo trascendente sería considerar que, así fuese un solo caso, debe ser denunciado y llorado públicamente, pues la gente ha logrado vivir en medio de la violencia y normalizar el sufrimiento, lo que le ha permitido sobreponerse a situaciones brutales, sin embargo, es deber de la antropología, por lo menos en la Sierra Tarahumara, replantearse e ir más allá de la denuncia particular, registrar los casos y los datos etnográficos de primera mano, para dar cuenta del proceso histórico de la violencia, la cual trastoca la vida local.

Referencias

- Aldana, S y Ramírez, G. (2012). Seguridad ciudadana: viejos problemas, nuevas miradas, en *Antípodas de la violencia: Desafíos de cultura ciudadana para la crisis de (in)seguridad en América Latina*, coord. por Antanas Mockus, Hery Murraín y María Villa (Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 87-114.
- Appadurai, A. (2015). *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica:
- Bourgois, P. (2005). Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En *Jóvenes sin tregua: culturas y políticas de la violencia*, editores José Ferrándiz Martín y Carles Feixa. Barcelona. Anthropos. 11-34.
- Butler, J. (2010) *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Buenos Aires. Paidós.
- Clastres, P. (1987). *Investigaciones en antropología política*. Gedisa. Barcelona.
- Durkheim, É. (2019). *Las reglas del método sociológico y otros ensayos de metodología*. México: Universidad Iberoamericana, UAM Cuajimalpa, Fondo de Cultura Económica.
- Echeverría, B. (2006). *Vuelta de siglo*. México. Era.
- Gotés Martínez, L (1991) Relaciones de clase y relaciones interétnicas en la Sierra Tarahumara. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Gotés Martínez, L, (2012). Pueblos mestizos y minorías étnicas” en *Los pueblos indígenas de Chihuahua: Atlas etnográfico* coord. por Luis Eduardo Gotés Martínez, Ana Paula Pintado Cortina, Nicolás Olivos Santoyo, Angélica Pacheco Arce, Marco Vinicio Morales Muñoz, Daniela de la Parra Aguilar. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Harris, C. (2005). Problemáticas etnográficas: la incertidumbre de los etnógrafos en campo”, en Boletín Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C. La antropología y la etnografía en los universos de la contemporaneidad. México: Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales, A. C., 35-39.
- Malinowski, Bronislaw, (2026). Un análisis antropológico de la guerra, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 3, núm. 4 (1941): 119-149 <https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.1941.4.58448>.
- Martínez, María. (2020). *Teoría etnográfica. Crónicas sobre la antropología rarámuri* México. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Piccatto, P. (2022). *Historia mínima de la violencia en México*. México: El Colegio de México.
- Rodríguez, A. (2023). Estructuras sociales e históricas generadoras de violencia en la sierra Tarahumara, *Chihuahua hoy*, vol. 21. 95-119.
- Ronquillo Arvizu, M (2018). La centralidad del kórima entre los rarámuri. *Un recorrido de su tratamiento teórico etnográfico*. Diario De Campo, 2, 77-99.
- Van Velsen, J. (2025). El método de caso ampliado y el análisis situacional, *Revista Bricolage*, vol. 5, núm. 14 (2007), 44-55., acceso el 13 de diciembre de 2025, <https://revistabricolage.wordpress.com/2007/08/01/el-metodo-del-caso-ampliado-y-el-analisis-situacional/>.
- Zaffaroni, E. (1993). *Muertes anunciadas*. Bogotá. Temis.

Notas

- [1] Sirva el presente texto como una forma de agradecimiento al profesor Luis Federico Ayala y a los alumnos de la secundaria; es mi responsabilidad el registro de las impresiones, memorias e interpretaciones vertidas.

Información adicional

redalyc-journal-id: 6681



Disponible en:

<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=668184660006>

Cómo citar el artículo

Número completo

Más información del artículo

Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica Redalyc
Red de revistas científicas de Acceso Abierto diamante
Infraestructura abierta no comercial propiedad de la
academia

Martín Ronquillo Arvizu

Bitácora etnográfica de la violencia: el caso de los estudiantes de
una secundaria en Huicorachi, Urique, Chihuahua
Ethnographic log of violence: the case of the students of a
secondary school in Huicorachi, Urique, Chihuahua

Revista CoPaLa. Construyendo Paz Latinoamericana
vol. 11, núm. 24, p. 1, 2026
Red Construyendo Paz Latinoamericana, Colombia
editorial@redcopala.org

ISSN-E: 2500-8870

DOI: <https://doi.org/10.35600/25008870.2026.24.0420>



CC BY-NC-SA 4.0 LEGAL CODE

**Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.**